

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 pts.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'10 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales. Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Administrador

Desde Madrid

SERVICIO ESPECIAL DE EL ECO DE CARTAGENA

Se disfruta actualmente una paz ociosa; hechos casi todos los nombramientos de alto personal, labor espionosa y desagradable por los muchos compromisos que acarrea y por las infinitas aspiraciones que hay que satisfacer, el gobierno se ocupa ahora de preparar el campo para las elecciones, dando minuciosas instrucciones á los gobernadores respecto á la línea de conducta que han de seguir cuando aquellos se verifican.

Ha dicho el Sr. Morúa, que piensa dejar en completo libertad al cuerpo electoral para que libremente emita su sufragio sin forzar la máquina ni apelar á ciertos recursos que son de todos perfectamente conocidos.

La única nube que empaña el horizonte político, es el nombramiento de Gobernador civil de Canarias.

Se proponía el jefe del gabinete introducir una serie de reformas en el orden político y administrativo para elevar la categoría de aquel Gobierno, con objeto de que fuera desempeñado por el Sr. Auñón, pero sus proyectos han caído como una bomba en aquel archipiélago, y la prensa protesta y se organizan mítins y manifestaciones que seguramente darán por resultado, que el Sr. Morúa no pueda llevar adelante su proyecto.

Por consiguiente tendrá que designar otra persona para dicho cargo pues el general Auñón, cuya categoría en la Armada y en la política es muy grande, no puede ir á mandar una provincia como un Gobernador cualquiera, pues hay que tener en cuenta que es un exministro de la Corona.

Las noticias que se reciben de la campaña son satisfactorias, todos los indicios hacen suponer que la paz se realizará dentro de breve plazo, y no porque en los reñones hayan influido las órdenes del Sultán mandándoles suspender las hostilidades contra España, sino porque la harka se encuentra muy quebrantada y no quiere ahora los rebeldes meterse en nuevas aventuras después de los terribles descalabros que han sufrido.

Menos mal, que nuestro horizonte preñado hasta ahora de densos nubarrones se va despejando un tanto, habiéndonos vislumbrar un nuevo período de paz y tranquilidad después de las pasadas tormentas.

A. J.

Madrid 5 Noviembre.



La **HORA SANTA** y las misas rezadas que se celebrarán en la Consagrada Iglesia de la Caridad el martes 9 del actual mes de Noviembre, de 10 á 11 de su mañana, se aplicarán por el descanso eterno de la

ltima. Sra. D. María Tadea Luna DE MONCADA
y de su hermano el Señor
D. JOAQUIN LUNA SÓCOLY
QUE FALLECIERON RESPECTIVAMENTE
el día 9 de Noviembre de 1905 y el 9 de Mayo de 1895

Confortados con los auxilios espirituales y la Bendición de su Santidad
Las familias de los finados ruegan á sus amigos la asistencia á tan piadosos actos.

Varios Excmos. é lltmos. preladós, tienen concedidas indulgencias en la forma acostumbrada.

CUENTO DEL SABADO

VICTIMA DEL DEBER

(Traducción del francés)

El capitán de vapor mercante ó transatlántico, es el jefe supremo y paternal de la familia que se reúne á bordo durante algunos días: galante con las damas, indifferente y frío en los asuntos de servicio, alegre en el salón, con aquella simpática alegría franca de los curas de aldeas viejas, alegría que es escuela natural del cumplimiento cotidiano de un deber modesto y rudo.

Pronto se traban amistades con estos hombres de corazón enérgico y abierto, á quienes confiaría uno el honor como les confía la vida, sin vacilar. El sueño dorado de todos ellos para el día del retiro es una casita tranquila en la costa de Provenza, y algunos campos de siemprevivas, que producen hasta unos seis mil francos de renta.

El capitán del «Tunis», de las Mensajerías Marítimas, pertenecía á una familia de colonos ingleses establecida en Santo Domingo y arruinada por la rebelión de los negros, y ha-

biendo ingresado muy joven en la Marina de guerra, aceptó, cual otros muchos camaradas suyos, en tiempo de paz, el mando de un vapor mercante. Muchas veces me habla yo encontrado al capitán B... en mis viajes, y en cuanto le divisaba sobre el puente, con su sotabarba entrecana, al embarcarme en Constantinopla, en Smirna ó en Jaffe, tenia por presagio de una travesía feliz, con largas charriadas y paseos por la toldilla, durante los cuartos de noche. Desde la primera mirada se penetraba en aquella alma sencilla que evocaba el recuerdo de las aguas marinas en lechos de roca, reposadas, frías, iluminadas hasta el fondo de granito. También él decía sentir impaciencia por retirarse á cultivar las siemprevivas...

Cuando el capitán B... se sentó junto á nosotros, una joven pasajera le rogó que narrase algún incidente dramático de sus veinticinco años de navegación. El capitán sonrió encogiéndose ligeramente de hombros, como un viejo excéptico á quien sus nietos piden que les cuente una historia de duendes ó aparecidos; pero después de un instante de vacilación, durante el cual pareció que luchaba con un mal recuerdo, exclamó:

—Ved lo que son las cosas: en el colegio nos enseñan una porción de frases históricas de efecto, atribuidas á griegos y romanos; pues bien, en una noche como ésta dejamos nosotros en el mar Caribe á un pobre diablo que valía tanto como todos esos laránfés de la antigüedad. Y fue como vais á oír...

Y nos contó lo que voy á copiar textualmente sin quitar al relato nada de su sencillez y de su rudo sabor marítimo, y sin ponerlo en duda, porque los hombres como aquél han visto tantas cosas grandes y terribles, que no han menester inventar nada.

—En 18...—dijo—la fragata «Belicosa» aparejó en Cherburgo para hacer la travesía de las Antillas. Yo era el segundo de á bordo, y tenía entre mis marineros á un mozo de Plouigoc, que durante el tiempo de la licencia se había casado. Reembarcado con nosotros para cumplir sus años de servicio, esperaba coger la absoluta á fin de año, y después de esto pensaba relevar del trabajo á su suegro, un pescador de Plouigoc que tenía tres barcas suyas propias, á quien en las conversaciones de entre-puente

se le consideraba como hombre de posición.

Hasta llegar á las islas llevamos una travesía soberbia: pero al entrar en el mar de Caribe, la mar comenzó á enfurruñarse, y entro la isla Guadalupe y la Descada nos atrapó un terrible temporal del Nordeste. Cerró la noche; el canal estaba negro como boca de horno apagado, y tremendas ráfagas de ventarrón desigual descomponían el velamen y hacían cabecear al barco, que con gran trabajo se sostenía; un verdadero infierno. Yo estaba de cuarto. Una tras otra hice cargar todas las velas.

Al doblar el cabo San Pedro para sortear los arrecifes, que se prolongaban mucho por allí, había que formar un ángulo muy abierto con la dirección del viento, que á cada instante arrojaba más. A la primera vuelta del timón, dos olas inmensas barrieron el puente: el barco titubeó como un borracho y se inclinó hasta que la amura de estribor rozaba el agua. Entonces vi que aun era preciso cargar más vela, y di mis órdenes al contramaestre, para cargar las gavias. Transmití mi orden, nadie se movió. Se trataba de subir á las cofas; es decir, de darse un paseo por una verga, que en aquel momento describía un arco próximamente de 90 grados.

Sonó otro silbido. Los hombres parecían clavados en el puente. Furioso, entonces, salté de un brinco desde la pasarela á la toldilla, y encarándome con los marineros:

—¿Como?—grité.—¿Desde cuando los hombres de la «Belicosa» tienen miedo de subir á las vergas?

Entonces el marinero de Plouigoc, avanzando hacia la jarcia, con ese paso arrastrado y lento que toma uno en estas tablas, gruñó para sus barbas:

—Un minuto, mi capitán, ya va en seguida.

Y agarrándose á los nudos con sus manazas hercúleas, comenzó á subir la escala, que el viento sacudía y hacía chasquear contra el palo. Nosotros le mirábamos. El viento, que inflaba su blusa cual una vela, tan pronto le separaba como parecía arrojarle contra la jarcia. Cuando llegó á la cofa, la noche era tan negra que no le distinguíamos ya. Tan sólo vimos su sombra pasar por delante del fanal de vigía.

Un instante después, en tanto que yo volvía la cara para ordenar la manobra, cubrió mi voz el ruido seco de un madero que se quebraba, seguido á los tres segundos por el sordo rumor de un cuerpo que caía al mar.

—¡Hombre al igual!—gritaron á proa.

Instintivamente di orden al timonel para que metiese á babar y mandé lanzar un bote: los marineros se arrojaron á los pescantes; pero apenas había bajado unos cuantos pies á la canoa, arrebatada por el viento, rompió las amarras, vino á chocar con los cañones de la fragata y cayó al mar hecha astillas. En tanto el buque, obediente al timón, hacía un cuarte de conversión y se presentaba al viento de través. Las velas, bruscamente desinfladas, pendían á lo largo de los mástiles, dejándonos sin defensa contra las olas, que nos arrojaban con ímpetu á la sota. Avisé al capitán. Llegó, acompañado de otros oficiales; le puse al corriente en dos palabras, mostrándole al pobre naufrago, que flotaba á merced de las revueltas ondas, agarrato á un trozo del bote.

—Señores—nos dijo el jefe,—el tiempo apremia; el consejo de á bordo tiene que decidir la suerte de ese hombre. ¿Podemos intentar el salvamento de ese desgraciado sin poner á nuestro barco en riesgo de perderse y de perdernos á todos? Los que así lo crean, que alen la mano, pero pronto, presto, ¡por Dios vivol!

Estábamos agrupados á la luz de uno de los fanales: en torno nuestro, la tripulación entera aguardaba la suprema decisión; y os juro que, á ser de día, se hubiera visto á no pocos hombres de pelo en pecho, viejos lobos de mar, tan pálidos como una inglesa en la travesía del canal de la Mancha. De una ojada inspeccionamos rápidamente el buque, el horizonte, la dirección de las olas, la línea negra de las costas á pocos cables de distancia; hacia aquellos arrecifes corríamos á estrellarnos.

Todos movíamos tristemente la cabeza; ni una sola mano se alzó.

Entonces el capitán, con la voz un poco turbada, dijo, encarándose con la tripulación:

—Por unanimidad y en conciencia, declaramos que nada podemos hacer para salvar á ese hombre. ¡Que Dios le perdone!

ese es discípulo mio,
ese en mi amor persevera.

Yo la caridad ensieño:
meditadla y ejercedla:
el que no hace bien al prójimo
jamás en mis reinos entra.

Cuidad de que en todos tiempos
limpia esté vuestra conciencia:
que el sarmiento que está limpio
es el que mas fruto lleva.

Y como simbolo puro
de esa virginal limpieza,
Yo voy con mis propias manos
á lavar las plantas vuestras.

— ¡Oh! tú Redentor del mundo,
del poder de Dios emblema;
tú que con tu ejemplo santo
á amar la humildad ensieñas.

Bendito tú que dijiste:
adorando la pobreza:

será el más grande en el cielo,
el más humilde en la tierra.

Después que hubo dado fin
á su piadosa tarea,
toma el pan bendito, y dice:
—Aquí mi cuerpo se encierra.

— ¡Tomad! ¡Comed! pan sabroso,
maná que el alma sustenta;
muerte de afrentoso vicio
que el corazón envenena.

— Bebed también este vino
benedicido por mi diestra,
de la sangre que por todos
voy á derramar emblema.

— ¡Comed! ¡bebed! Este cáliz,
divino simbolo, encierra
con el Nuevo Testamento,
la doctrina verdadera.

— Y el mansísimo Cordero
de inmaculada pureza

siguenle todos, y al monte
Olivar guían sus huellas.

V
Triste la luna se vela
entre nubecillas blancas,
y al través, de ellas su luz
melancólica derrama.

Jesús dirige en el huerto
al Padre Eterno su alma;
y mientras el vela y ora,
sus discípulos descansan.

Jamás se tiñó su rostro
de una espresión tan amarga:
que la angustia que le oprime
no se explica con palabras.

Cae el sudor de su frente,
mezclándose con sus lágrimas
No es que le arrebre el suplicio,
es porque un temor le asalta.

Teme, viendo que en el hombre
el mal más que el bien se arrastra;

¿Eres tú la ciudad que se llamaba
reina del universo?

Con tu loca soberbia provocaste
las iras del Eterno.
¡Tiembra Jerusalem, que Dios el trono
derriba del soberbio!

¡Tiembra Jerusalem, que ese terrible
azote de los pueblos,
que hizo la ignota voluntad divina,
señor de los imperios,

Al invencible carro de sus triunfos
te atará como siervo!
¡Ay del que siente del romano yugo
el ominoso peso!

¡Ay de tí, si tus ámbitos limpio
recorre á sangre y fuego!
Serán tus castas vírgenes violadas,
violados tus templos!

¡Convertidos en polvo tus angustias
alcázares soberbios,